

El Colegio de San Ignacio. Una alternativa en la educación rural femenina durante el porfiriato

Celina Guadalupe Becerra J.
Universidad de Guadalajara

En 1833, don José Antonio González Tinajero, párroco de Ejutla, decidió iniciar las actividades que llevarían al establecimiento de un convento que habría de convertirse en institución educativa de gran trascendencia para la región, y cuyo fruto serían cinco generaciones de mujeres de la zona Autlán-Unión-Tecolotlán, formadas en las aulas del Colegio de San Ignacio. Para dicha fundación, el señor cura contó con la vocación y generosidad de doña Faustina Rubio, dama ejutlense a quien se unieron sus dos hijas, y pronto se formó un grupo de mujeres que decidieron dejar sus actividades cotidianas para hacer vida en comunidad.¹

Cierto que durante casi un siglo, en la mayoría de las poblaciones del rumbo, el plantel de San Ignacio fue conocido únicamente como "El Colegio", y con razón, ya que no había en muchos, muchísimos kilómetros a la redonda, institución alguna que tuviera por objeto atender la educación femenina. El de Ejutla era un caso que no se repetía en muchos lugares del campo mexicano en el siglo XIX.

La institución heredaba, sin embargo, una larga tradición cuyos orígenes se pueden situar en los tiempos novohispanos, cuando reinaba la idea de "mujer que sabe latín..." Por ello, durante la época colonial,

1. María Padilla de Michel. *Semblanza de Ejutla, Jalisco*. Guadalajara: Conexión Gráfica, 1988, p. 23.

la educación formal femenina generalmente se limitaba a la que proporcionaba, en primer lugar, el hogar, y enseguida las llamadas “escuelas de la amiga”, que funcionaban en casa de algunas damas que por inclinación o necesidad se dedicaban a la enseñanza de un reducido número de cuestiones: recitar algunas oraciones, repetir las preguntas del catecismo y labores de aguja. Con alguna frecuencia asistían también a “la amiga” niños que acompañaban a sus hermanas. En aquella época, los menores de 7 años eran llamados párvulos y de allí tomarían su nombre los planteles que impartían los primeros conocimientos. Los varones, a diferencia de las niñas, iban a “la amiga” para luego ingresar a otro plantel, mientras que para sus hermanas no habría ninguna otra posibilidad de continuar, de manera formal, con su educación.

Generalmente “las amigas” no sabían leer ni escribir y, en consecuencia, la instrucción que se proporcionaba a las niñas era prácticamente nula. En todo caso, tampoco era una oportunidad abierta a todos los grupos sociales porque no toda la población podía pagar la cuota que cobraba “la amiga”.²

Paralelas a “la amiga” habían aparecido en la Nueva España, desde el siglo xvi, las primeras instituciones educativas conocidas como “colegios de niñas”, pero no con un objetivo meramente educativo sino con la finalidad de proteger a huérfanas o desvalidas y preservarlas de los peligros del mundo mientras les llegaba el momento de “tomar estado”. Entre esos primeros colegios se pueden mencionar el de la Caridad, el más antiguo de todos, y el de Belem, establecido en el siglo xvii, ambos en la ciudad de México. En la mayoría de los casos se trataba de fundaciones piadosas donde se aceptaba exclusivamente a jovencitas sin fortuna y huérfanas, pero en otros convivían con las hijas de familias acomodadas que pagaban una colegiatura. La edad fijada para ingresar a estos establecimientos eran los 10 años y podían permanecer allí hasta los 25.³

La vida en el interior de estas instituciones que

2. Pilar Gonzalbo Aizpuru, *La educación en la época colonial. La educación de los criollos y la vida urbana*. México: El Colegio de México, 1990, pp. 322-323.

3. *Ibid.*, p. 327.

conservaban parte de su sabor medieval, adoptaba matices conventuales. En el reglamento del Colegio de la Caridad, por ejemplo, la preocupación principal era preservar la clausura para asegurar la honestidad, los hábitos piadosos y la laboriosidad de las internas. A pesar de haberse fundado para recibir niñas mestizas, con el paso de los años se convirtió en institución exclusiva para niñas que pudieran probar una limpia ascendencia española. Al principio, el Colegio de la Caridad se sostenía con fondos proporcionados por fundaciones piadosas, y hacia fines de la colonia, los donativos acumulados permitían al colegio contar con objetos valiosos y con el trabajo de sirvientas y esclavas que liberaba de las cargas más pesadas a las niñas. La instrucción que se impartía privilegiaba la costura, el tejido, el hilado de lana y el aprendizaje de la doctrina cristiana, mientras que la lectura quedaba relegada a segundo término.⁴

Siguiendo este modelo, en Guadalajara fue creado el Colegio de Santa Catalina de Siena para huérfanas pobres y virtuosas. Aunque fue una fundación seglar pronto pasó a manos de las monjas dominicas.⁵

En el siglo XVII aparecieron varios colegios con un sistema más abierto, en el que se admitía mayor número de alumnas pero siguiendo el modelo de internado-recogimiento y atendiendo más a las prácticas piadosas que a la instrucción.⁶ La mayoría de estos centros estuvieron administrados por patronatos seculares que dependían de alguna autoridad eclesiástica.⁷

Finalmente, la instalación de las monjas jesuitinas en la ciudad de México, en 1755, significó un cambio importante en la educación de la mujer. Esta fue la primera "amiga" pública y gratuita que hubo en la capital del virreinato, conocida también como el Colegio de las Monjas de la Enseñanza o Colegio del Pilar, donde las alumnas internas y externas eran instruidas en tres materias: lectura, escritura y costura. Poco después aparecieron el colegio de Indias y el de las Vizcaínas que siguieron este nuevo sistema.⁸

El Colegio de la Enseñanza funcionaba en seccio-

4. *Ibid.*, pp. 327-329.

5. *Ibid.*, 329.

6. *Ibid.*, p. 331-332.

7. *Ibid.*, p. 327.

8. *Ibid.*, pp. 325-326.

nes separadas: la de las religiosas, con relativa independencia de las educandas; la de las internas, que eran las que recibían la educación más esmerada, y la de las externas, que no tenían contacto con las internas por considerar arriesgado que hubiera comunicación frecuente entre la calle y las internas. Además, las externas sólo asistían a “la amiga” pública y por tanto eran menores de 10 años mientras que las pensionadas eran mayores.

Aunque el Colegio de la Enseñanza fue cambiando hasta parecerse mucho a sus predecesores en limitar el número de externas, se convirtió en modelo de un nuevo tipo de instituciones dedicadas a la instrucción de las niñas. Así, para fines del siglo XVIII, en el Colegio de San Diego de Guadalajara, fundado como internado tradicional, el estudio pasó a ocupar un lugar importante en las actividades de las educandas, aunque sin descuidar, por ello, el catecismo; también en Guadalajara, a partir de 1784, en el Colegio de la Caridad y Enseñanza (antiguo beaterio de Santa Clara) las monjas se dedicaron a las externas que asistían a clases en una “amiga” pública y gratuita.⁹ Quizá el mejor ejemplo de la importancia que fueron adquiriendo los conocimientos de tipo científico o artístico, se encuentre en el Colegio de las Rosas en la ciudad de Valladolid, hoy Morelia, que adquirió fama por la excelencia de la formación musical que impartía.

Aunque estas instituciones educativas en manos de órdenes religiosas se vieron afectadas por los tiempos difíciles que vivió el país a partir de 1810 y sus dificultades se agudizaron con las Leyes de Reforma, su espíritu y objetivos continuaron vigentes, como lo demuestra la fundación del Convento de Ejutla que pronto se convirtió en la única opción para la instrucción de las niñas de la comarca. No es difícil imaginar que, en este caso, el aislamiento geográfico y el apoyo que tenía entre la población, lo ayudaron a sobrevivir en medio de decretos y sanciones que enfrentaban sus equivalentes en ciudades como Guadalajara, Morelia o México.

9. José Ma. Muriá (dir.), *Historia de Jalisco*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, 1980, t. II, pp. 217-218.

El Colegio de San Ignacio en Ejutla, siguiendo fiel a la herencia colonial, se estableció con el sistema tradicional basado en la práctica de las virtudes cristianas, la piedad y las labores manuales. Sin embargo, los tiempos y las mentalidades habían cambiado y el plantel de Ejutla amplió sus horizontes. Para fines del siglo XIX, el nivel de su instrucción se distinguía por la atención concedida a todas las materias que señalaban los planes de estudio oficiales y porque aquéllas eran impartidas por profesoras, seglares o religiosas, egresadas de las escuelas normales que había en el país. Aritmética, Geografía, Química, Botánica, etc., ocupaban un lugar tan importante como la doctrina y las labores manuales, y era fama que los inspectores que visitaban el Colegio quedaban siempre sorprendidos por los amplios conocimientos que demostraban las alumnas.¹⁰

La ausencia de escuelas para niñas en la región, debió influir para que en el Colegio de San Ignacio se impartiera educación desde párvulos. En sus primeros años de labor, sólo había grupos hasta cuarto año de primaria, pero para principios del siglo XX se podían cursar los seis años. Así, las alumnas ingresaban alrededor de los 6 o 7 años de edad y después de completar todo el ciclo, había opción de continuar en el Colegio recibiendo lo que se llamaba "clases extraordinarias" que se dedicaban sobre todo a la práctica de labores manuales.

El grupo de religiosas fundadoras se desarrolló siguiendo las constituciones que la Parroquia había aprobado. Después se adhirieron a la orden de las Adoratrices de México porque las autoridades eclesiásticas encontraron que los reglamentos de ambas congregaciones coincidían, y así continuaron hasta 1908, cuando se les indicó que debían incorporarse a las Adoratrices Perpetuas del Santísimo Sacramento.¹¹ En esa fecha se cambió el hábito y desde entonces se sigue la misma regla. Este momento fue conocido en el pueblo como "la agregación" porque llegaron ocho religiosas enviadas desde la capital del país para apo-

10. Las entrevistas realizadas en Ejutla durante el mes de agosto de 1993 a la señora María Padilla de Michel y a las señoritas Amalia Zepeda y Guadalupe Díaz, así como las que tuvieron lugar en Guadalajara, con la señora Agueda Pelayo de Jiménez, en octubre de 1993 y con la señorita Guadalupe Michel, en enero de 1994, proporcionaron la información utilizada en esta parte del trabajo.

11. Padilla, *op. cit.*, p. 24.

yar la reorganización de la vida conventual y todavía hay quien recuerda que la adaptación no resultó fácil. Sin embargo, fue en esos momentos cuando el Colegio conoció sus mejores tiempos. Las religiosas recién llegadas contaban con una excelente formación y muchas dotes para la enseñanza de distintas disciplinas.

Aunque el objetivo principal de las Adoratrices era la vida contemplativa, debido a la ausencia de cualquier institución que se preocupara por la educación de las niñas en toda la región, se permitía que el convento de Ejutla desarrollara paralelamente las actividades de oración con las de enseñanza.

La comunidad llegó a componerse de 60 religiosas divididas en dos grupos: las del coro, con hábito tinto de lana, que pagaban dote al ingresar y se dedicaban a la atención de las alumnas del colegio y a la oración, y el grupo de las llamadas "sirvientitas de Jesús y María" que estaban encargadas de la cocina y el lavadero, y vestían de negro. En el año de 1900, el Colegio había alcanzado prestigio por toda la región y hasta la costa; contaba con 97 alumnas internas y 40 externas.¹²

Para entonces el Convento era, junto con la parroquia y el Seminario, una de las construcciones más notables del pueblo. Sus dos plantas albergaban tres secciones: la clausura, a la que sólo tenían acceso las religiosas; el internado, y el colegio con sus salones y corredores. La iglesia conventual servía a toda la población que podía participar en las celebraciones del Colegio. Las alumnas y las monjas se mantenían aisladas del resto de los fieles oyendo misa a través de la reja del coro. Esta iglesia era descrita como "un oratorio elegante con puertas y ventanas con vitrinas y tres albornotes (sic) de cristales".¹³

Según el inventario realizado en 1914, al clausurarse el edificio y convertirse en parte de los bienes nacionales, en la planta alta se encontraban la sacristía, una habitación con reja al templo, siete dormitorios, 18 habitaciones, baños y lavaderos. En la planta baja estaban varios salones de clases, una cocina con dos alacenas y otras habitaciones y corredores.

12. *Ibid.*, p. 100.

13. Archivo Histórico Municipal de Ejutla, en adelante AHME. Secretaría, 1914. Inventario levantado para clausurar el Convento y Colegio Clerical de Ejutla.

Dentro de la clausura existían varios salones, otra capilla, patios y corredores, cocina con tres departamentos y “una muy buena estufa para cocinar”, panadería, despensa y numerosas piezas, cuartos y corredores.¹⁴

La dirección y administración de San Ignacio siempre estuvo en manos de las religiosas, con el indispensable apoyo del párroco, y se sostuvo con las dotes aportadas por ellas y las colegiaturas que pagaban las alumnas (quince pesos mensuales para las internas, antes de la Cristiada). Para la población que no estaba en condiciones de pagar una pensión, se fundó el Colegio de San Vicente, que funcionaba en el primer portal del Colegio, para que todas las niñas del pueblo tuvieran oportunidad de estudiar los principios básicos de la lectura y escritura. Los grupos de San Vicente eran muy numerosos y estaban atendidos por las novicias “antes de entrar en religión”. Aunque aquí sólo se impartían el primero y segundo años, las niñas que se distinguían por su aprovechamiento y buena conducta, podían continuar gratuitamente en San Ignacio hasta concluir la primaria.

Las actividades del Colegio estaban organizadas por secciones de acuerdo con la edad de las alumnas. Esta división era esencial para mantener la disciplina y cuidar el buen ejemplo que debía darse a las más pequeñas ya que “la conversación de las grandes, ¿cómo va a ser oportuna para las chicas?”.

Las estudiantes podían ser internas o externas. Por lo general las niñas del pueblo sólo acudían a sus clases y regresaban a casa para tomar los alimentos (el horario era matutino y vespertino), mientras las internas provenían de las localidades vecinas. Sin embargo, no faltaban casos en los que las familias de Ejutla preferían el internado para sus hijas, algunas veces porque no les gustaba que éstas salieran tanto a la calle, otras, por circunstancias familiares especiales como la orfandad, etcétera.

Las alumnas del Colegio tenían reconocida fama por la belleza y calidad de las labores y manualidades que aprendían a realizar. Nombres y especies casi

14. *Ibid.*

desconocidas para las niñas de hoy en día ocupaban largas horas de paciente enseñanza por parte de las maestras ("la madre Ignacia Pérez era corajudísima, pero se dominaba cuando tenía que enseñar a enhebrar a las chiquitas") y diligente esfuerzo de manos, ojos e inteligencia de las aprendices: *frivolité*, bolillo en sus carretes de madera, *macramé*, bordado en seda en bastidores de aro, bordados finos en bastidores de 4 patas, mandados fabricar especialmente, bordado sobre almohadilla y tachihual, tejido de origen indígena elaborado con telar de cintura. Quien no tenía algún trabajo pendiente para su casa, ayudaba a bordar manteles, colchas y ornamentos para la iglesia del convento.

Otras opciones eran flores artificiales, cocina y hasta cerámica, además de la clase de solfeo obligatoria, y la opción de tocar algún instrumento en especial. Durante una temporada hubo una orquesta integrada por las religiosas y se recuerda en especial a una de ellas que tocaba el violoncello con maestría. Ocasionalmente llegaban internas con el propósito de prepararse para el matrimonio, y en esos casos se dedicaban solamente a las actividades que tenían relación con la organización del hogar en las llamadas clases extraordinarias.

La dedicación a las labores propias del sexo femenino no impedía que se destinaran tiempo y esfuerzos a la instrucción de las alumnas. Los estudios se realizaban de acuerdo con el programa oficialmente establecido, y cuanta autoridad visitaba el plantel, invariablemente expresaba su admiración por el nivel que demostraban las alumnas.¹⁵ Las materias que se estudiaban eran escritura, dibujo, lectura, aritmética y teneduría de libros, entre otras. Los tenderos del pueblo se encargaban de conseguir los textos que se necesitaban. Las horas dedicadas al estudio iban de las 8:30 a las 12:30 para las materias básicas y de las 2 de la tarde a las 4 para escritura, dibujo, coro o preparación de fiestas especiales. Después llegaban las clases de costura y bordado. Un telescopio y un laboratorio equipado

15. AHME. "Minutario" 1912, oficio 49.

para la clase de química daban muestra del interés por la formación en las distintas ciencias. La presencia de cuatro o cinco maestras normalistas que venían desde la ciudad de México o Guadalajara convertía al Colegio en una institución excepcional en el campo jalisciense de esa época, según consta en algunos documentos del Archivo Municipal, anteriores a la Revolución.¹⁶

Los recuerdos que conservan las alumnas de su época de colegialas la describen como "una vida preciosa, con todas las comodidades y aquella amplitud". Sin embargo, había también algunas ovejas negras que sufrían el internado como castigo por su mal comportamiento en la casa, o niñas de Ejutla que después de haber estado en el internado preferían cambiar al régimen de externas. Estos casos seguramente estaban relacionados con la estricta disciplina que imperaba. Los horarios debían seguirse fielmente; había horas de silencio que todo mundo estaba obligado a respetar y, por supuesto, todo contacto con el mundo masculino estaba terminantemente prohibido. Así las cosas, siempre había alumnas que se las ingeniabán para divisar a los novios cuando salían de paseo a la plaza los domingos y galanes que se atrevían a rondar junto a los muros del Colegio. Los aprietos en que se veían las religiosas cuando llegaba el momento de fijar las notas en disciplina, mismas que debían ser leídas en la ceremonia pública de fin de cursos en presencia de padres de familia, autoridades civiles y el señor cura del pueblo, debieron ser mayúsculos, sobre todo cuando decidieron que resultaba embarazoso declarar que algunas alumnas tenían "mala" conducta. La solución para este problema, después de mucho pensarlo, fue escribir en el renglón correspondiente "Conducta: menos que mediana".

La influencia del Colegio en la vida de la región no se limitaba a lo que las educandas aprendían intramuros, sino que se extendía a toda la población a través de la celebración de diversos actos y ceremonias con diferentes motivos: una visita del señor obispo, la

¹⁶ AHME, "Minutario" de comunicaciones oficiales, libro 7.

representación de pastorelas para la temporada navideña y por supuesto, la reglamentaria fiesta al finalizar cada curso escolar. En estas ocasiones asistía todo el pueblo, así como familiares de las internas procedentes de toda la región; alumnas y maestras se esforzaban por demostrar sus cualidades musicales, escénicas o literarias.

Un personaje que hizo época y que aún se recuerda en Ejutla, ya que su entusiasmo y capacidad para escribir y dirigir los festejos era excepcional, fue Dolores Ibáñez, profesora seglar que durante muchos años tuvo a su cargo la disciplina de las internas en el Colegio cuando el convento estuvo cerrado y las religiosas vivieron en casas del centro del pueblo, una de ellas conocida como El Telar.

Lolita escribió numerosas piezas teatrales para que fueran llevadas a escena por las alumnas de los distintos grados, la declamación oficial para festejar los 25 años de vida del Colegio, pastorelas y aún los versos que era costumbre cantar en las kermesses de Ejutla por las vendedoras del dulce llamado ate:

“Cuando yo estaba triste
me cantó una golondrina
y me dijo que viniera
un ratito a la cantina.
Vengan a comprar
doy a 2 por medio
y a 3 por real
mirando que el tiempo
está tan fatal”

“Todos ven que son hermosos
del arco iris los colores
pero más hermosas son
las que andan vendiendo flores”

Dolores Ibáñez publicó en Guadalajara dos pequeños volúmenes con piezas para teatro escolar: *Atomos* y *Cenicitas*.

Autlán, El Grullo, Tecolotlán, Unión de Tula, Santa Rosalía, Soyatlán del Oro y Ayutla, entre otros, fueron los puntos de procedencia del alumnado cuya fama se extendió rápidamente. Los lazos establecidos gracias a la institución educativa se ampliaron y varios enlaces se concertaron entre Ejutla y estos pueblos. En los recuerdos de las exalumnas perdura todavía el de los viajes para visitar a las antiguas compañeras, ya convertidas en esposas de alguno de los hacendados o rancheros de la región.

Así, el feminismo del siglo XIX se expresó en la fundación de numerosas organizaciones que se han extendido hasta el siglo XX en muchos casos. La decisión de incluir en el programa de San Ignacio estudios y materias que no tenían nada que ver con la vida religiosa, lleva implícito mucho más que una simple aceptación de los reglamentos establecidos por las autoridades civiles. En un sentido amplio, habrá que situar a instituciones como el Colegio de Ejutla dentro de lo que Lavrin llama "la respuesta del cristianismo a los deseos de las mujeres a tener un lugar propio".¹⁷ Los conventos y beaterios exigían un gran esfuerzo y participación organizada de todas las mujeres que los dirigían y habitaban.

El Colegio de Ejutla buscó combinar los ideales cristianos con las necesidades de conocimiento que se presentaban en la sociedad mexicana del Porfiriato.

EXTRACTO

El Colegio de Ejutla, localidad del sur de Jalisco, nació con el fin de dar hogar y un espacio para la vida piadosa a las mujeres de la región. En sus primeros años funcionó con un reglamento que heredaba la tradición de los colegios de niñas y los recogimientos del período colonial. Las internas dedicaban la mayor parte de su tiempo a la oración y las labores de aguja.

Posteriormente, durante el Porfiriato, las autoridades eclesiásticas decidieron que la comunidad religiosa del Colegio pasara a formar parte de la orden de las Adoratrices Perpetuas y se presentaron cambios importantes en la

17. Asunción Lavrin. (comp.). *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

vida del plantel; llegaron religiosas procedentes de la ciudad de México y Guadalajara y se concedió gran importancia a la enseñanza de materias como Aritmética, Gramática, Geografía y Química entre las internas y se impartía instrucción para alumnas externas, con lo que el Colegio se convirtió en una institución de educación femenina con características excepcionales en el campo jalisciense.

Palabras clave: Jalisco, Éjutla, Educación, Mujeres.

*La educación superior
en el occidente de México*
(2 vols.)

de Angélica Peregrina y Oscar García Carmona

publicados por
El Colegio de Jalisco Universidad de Guadalajara